

ón de
e exis-
en las
nfante
mo de
hecho
doña
ura de
la. Un
na á lo
uquesa
únebre
muer-
como
sabéis
narchi-
la obra

el gran
sal. La
de filó-
s de la
aterra-
monia,
vulgo;
sinies-
amento
perdió
e dolor
la me-
ente un
lancolia

opinión
e se co-
la clasi-

jar seco
tiro.

diencia
«No se
quime-
este
emos ni
llegado
reocupa-
nar para

ción, es
tiro, el

rope de
orotados

reyó har-
ca insti-
ada para
de coger
qués, los
da en el
obedi-
n suma.
rado—se
istimos,
echadas
pesino se
ralmente
reno que
de la pu-
como la
nico que
icio. Esta
ado y ca-
noria, en
censuras
a de su
azota las
alta como

vos socia-
io á largo
fecha, y
netividad
reprimir
onuno la
d de cier-
rónicos y
de crimi-
r tiros al
rbando el
cos, no es
ce el ase-

BAZÁN.

1904.

que empleen tales recursos, sino que hacen impresión profunda en el Jurado, el cual á lo sumo, y sólo por enseñarles á los calentadores que no es prudente jugar con fuego, les impondrá una penalidad leve, esperando confiadamente que al cumplirla ya habrán renunciado al *sport* de tostar personas, «vicio feo—del que debes huir, oh Timoteo.»

En cambio la nota de simpatía de algunos bandidos reaparece en el de Oviedo, Armando Suárez Argüelles, capturado estos días por la Guardia civil, y traído á Oviedo con una bala de mauser en un brazo. No porque este bandido pertenezca á la clase de los «generosos», sino por la bella defensa que hicieron contra la Guardia, por salvarle, su madre y su hermana. Esas dos mujeres, luchando como leonas para que no fuese capturado el hermano y el hijo, son simpáticas, y quizás subleva leer al pie de la noticia de la captura y herida del foragido: «La madre y hermana de Armando se hallan incomunicadas en la cárcel de Lena.»

Legalmente, habrá sido necesario prender á esas mujeres; ante el sentimiento más natural, más inevitable, su conducta es cual debió ser, y si otra cosa hubiesen hecho, si hubiesen entregado á ese hombre, por más crímenes de que esté cargado, parecerían monstruos.

En el campo hay un goce peculiar de cada estación—y no sé por qué se cree que el invierno es un período de desolación y tedio,—sobre todo en estas comarcas de clima tan suave y benigno, que el invierno en ellas no es más que un otoño de seis meses.

Yo de mí sé decir que en esta época, cuando llega el punto de dar un adiós á los vetustos árboles, á los prados que la repentina lluvia aviva y refresca, á las flores desmelenadas de los crisantemos, que huelen á almendra amarga, á las primeras tempranizas camelias que desafían con su tersura á las heladas, á las violetas de olor insinuante como un recuerdo que no quiere irse de la memoria, á las lontananzas enrojecidas y doradas por la mano artística del otoño, siento como una aversión momentánea, pasajera, pero real, á la existencia urbana, y se me presentan revestidas de hermosura las sencillas, las fáciles distracciones que la aldea brinda. Todas están á medida del deseo: ninguna lleva contrapeso de afanes y desazones, de costosos preparativos, riesgos y luchas. Al alcance de la pobre gente, con mayor razón son accesibles á los que entre esa pobre gente son «como reyes;» pero reyes exentos de la palpitante incertidumbre, de la altísima posición y del difícil cargo.

Es preciso cultivar esta percepción del bien que encierra la vida campesina; es preciso sentir, saborear, estimar el gusto de lo normal y natural, tan bueno para el espíritu (sobre todo cuando no se prolonga años y años y degenera en rutina). Y es preciso saber concentrar la impresión estética en lo trivial, en las diversiones de chiquillos campesinos: por ejemplo, una hoguera encendida, al caer de una tarde de niebla húmeda, en la linde de un soto, donde se arremolina la hoja seca y las hortensias abren su copo azul.

El aire está saturado de lluvia, sin que haya llegado á llover; el día ha sido frío y claro, hasta que se alzó ese *nevoeiro*, que como gasa sutil os rodea y envuelve. Entre sus cendales han comenzado á difundirse los troncos, el ramaje casi desnudo, salpicado todavía de gotas verdes, las colinas y las manchas de frondosidad; y el paisaje, así borrado á medias, toma aspecto de extenso mar, con islas, cabos, costas, anegadas en una plata mate y fluida. El graznido dulcemente ronco de los cuervos no suena ya; pero no tardará en dejar oír su queja, en lo más alto de la alta torre, la lechuza. Os sentís como perdidos entre la inmensidad vaga del nublado; en los huesos se os ha metido el relente, la acuosidad del aire. Y entonces es cuando juntáis, para la fogata alegre y consoladora, virutas, ramas secas, hojas, erizos de castaña, y encendéis. Como en una escena de *La Walkiria*, ese admirable trozo de música que se llama *El fuego encantado*, por diversas partes la llama, roja y corta, empieza á sacar sus mil lengüecillas de dragón. El humo vierte en el aire sus vellones blancos y espesos, y en la calma de la atmósfera, donde no corre ni un soplo de viento, se tiende, forma rebaño de fantásticas ovejas que se aprietan y empujan para huir torpemente, hacinadas. La llama, clara, fuerte, rápida, se alza victoriosa del humo, despidiéndolo hacia lo alto. Y se esparce alrededor una suave sensación de abrigo, de sequedad: los huesos se desentumecen, la niebla se absorbe; la lumbre ríe, estallan en ella las castañas contenidas en los erizos colmados, las hojas crujen, las ramas se consumen trazando, dentro de la hoguera misma, garabatos más rojos. Se diría que nos hemos refugiado en una estan-

cia bien cerrada, bien abrigada con tapices y cortinas: tal es de grata la temperatura, de enjuto el ambiente que nos rodea. El humo nos quita por un instante la respiración. Luego sube, se desparrama. ¡Más combustible á la lumbre! Más ramillas, nueva provisión de hoja! Un paisaje no menos efectista que el manchado por la niebla se ve ahora, á la claridad anaranjada del fuego: los árboles del soto negrean, la hierba se enciende, el horizonte es luz, y cuando la llama flamea irguiéndose, se ven las Torres, silueta grave, y sobre sus anchas almenas se destacan sus gárgolas monstruosas...

Hasta los días consagrados á la conmemoración de los Difuntos son menos lúgubres en la aldea.

En el pueblo, la visita á los cementerios va adquiriendo repulsivo carácter de fiesta popular. En el cementerio ó á sus puertas (según dicen, á mí me sería muy desagradable ir á cerciorarme por mis ojos) se merienda, se come, se ríe, se bebe, se cometen mil profanaciones. Poco importa que los ricos envíen mil servidores que atiendan á las velas del alumbrado y á las coronas y recuerdos fúnebres: no pueden impedir que esa burda jubilación convierta lo solemne en grotesco. Cualquier día es más digno, más meditable, el cuadro de un cementerio, que el día consagrado á las almas del otro mundo. Si ellas pudiesen elegir, elegirían su perpetua soledad, mejor que tales visitas y tales homenajes.

En el campo, no ha degenerado todavía el culto de los muertos en juerga, ni se conoce la macabra confitería que nos surte de «huesos de santo.» ¿Conocéis ese dulce? Es una de las muchas demostraciones de que el hombre sabe aprovecharlo todo, enmascararlo todo. Tiene ese dulce la forma, hasta el color, de una canilla de difunto. Una canilla de almendra y azúcar, en que la medula es de yema de huevo. Y ese dulce se ofrece por los galanes á las damas, que lo comen riendo, celebrando su sabor.

Jamás he podido comprender que se elijan ciertas formas para manjares y golosinas. He visto bombones de chocolate imitando cucarachas, ratones y escarabajos; he visto unos dulces hechos de pasta de fondán que presentaban la apariencia de un cabo de vela medio consumido, con pábilo y todo. ¿Es que los sentidos pueden padecer aberraciones? ¿Es que se cuenta con el histerismo y la perversión del paladar? Todo esto ocurre á la reflexión cuando vemos blancos dientes mordiendo en la reproducción de una tibia, el día de los Fieles Difuntos, mientras la campana plañe y plañe...

Verdad—todo debe decirse—que también en la aldea hay su correspondiente gaudium y su pequeño y humilde hartazgo el día de Santos, mientras plañe y plañe la campana.

Olvidándose—¿dónde hay mayor bienhechor que el olvido!—de que allá, bajo las malvas y ortigas del pobre Camposanto reposan «sus mayores» y han de reposar ellos, los aldeanos, en tal ocasión, catan el mosto nuevo, asan las castañas ó las cuecen en la negruzca olla de barro, perfumándolas con hinojo y olorosa *néveda*, y arropándolas con un trapo enrollado en la boca del puchero, á fin de que el vapor de la cocción se quede todo allí, ablandando y enterneciendo la castaña.

La castaña... Es hoy, en mi tierra, un placer y una melancolía. El castaño, nuestro castaño secular, característico, desaparece. Un mal que la ciencia no sabe curar, una invasión de gusanos vivaces, insidiosos, contagiosos, acaba con esta esencia forestal magnífica, de madera incorruptible é incombustible, de follaje fresco y rumoroso, de flor que parece un fleco de terciopelo verde, de fruto que, si se supiese preparar y conservar, mantendría á los campesinos una tercera parte del año y resolvería el problema terrible de la escasez del trigo, el maíz y el centeno...

El labrador no cuenta sino con los cereales y algunas hortalizas para sostenerse. Lo pide todo á la tierra laborable, y nada al bosque. Sin embargo, la castaña encierra gran riqueza de propiedades alimenticias: es sana, es sabrosa, y ninguna fatiga cuesta su recolección. Pudiera constituir una defensa contra el hambre. Pudiera, cuando menos, alimentar al cerdo. En esta comarca de la orilla del mar no se piensa en tal cosa, y hasta se alimentan los cerdos con sardina, que comunica á su carne insufrible sabor.

Y la castaña no es sino tema de fiesta al principio del invierno, regodeo de mujeres y chiquillos, base de tertulias en que se contaban (temo que ya han dejado de contarse) mentiras y cuentos de miedo, y por supuesto, chismografías de lugar, el eterno rencor ó la eterna queja, la monótona fila de insignificantes preocupaciones y de menudas ansias, que tejen la tela gruesa, descolorida, áspera al tacto, del vivir rural.

EMILIA PARDO BAZÁN.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Estos días, en un rincón de una provincia española, se ha reproducido la escera que los historiadores cuentan entre las más horribles que señalaron el período de la revolución francesa y patentizaron la anarquía por ella determinada. Creo que hasta novelas se han escrito sobre las faenas de la banda de los *chauffeurs*, malhechores que iban de castillo en castillo y de alquería en alquería, sorprendían á los dueños, les amarraban, les acercaban á la lumbre, y tostándoles lentamente las carnes, les obligaban á confesar dónde ocultaban el dinero. Si no lo ocultaban en ninguna parte, acababan de asarlos, y después de comer y beber á su talante, saqueando la vivienda, se retiraban, dejando la casa devastada y á su dueño entre las ansias de cruel agonía...

Los *chauffeurs* de Lugo parecen alumnos aprovechados de los franceses: su procedimiento es idéntico; lo único distinto, la época en que consuman sus atentados. Un infeliz, en el caserío de una herrería, ha sido asado concienzudamente, con toda calma y reposo. Le aplicaron haces de paja encendidos á diferentes partes del cuerpo, escogiendo las más sensibles al dolor; y cuando se desvanecía, otro retuete le devolvía la sensibilidad y la conciencia de la tortura. Como no existía en la casa la suma relativamente crecida que los bandidos buscaban, y sólo se afanaban algunas pesetas, el suplicio no se interrumpió, hasta que, cansados los suplicarios, bajaron á la bodega, á emborracharse y á gastarle chanzas al sobrino del torturado, un muchacho que estaría cual es de suponer de puro miedo, y tenía que servirle comida y vino. Al ser socorrida la víctima, se vió que la mayor parte de sus quemaduras eran mortales. Tenía el cuerpo achicharrado. Sin embargo, no había muerto. No murió hasta días después.

Apostemos algo á que si son descubiertos los tostadores (que acaso no lo sean, porque iban enmascarados y por otras mil razones que suelen concurrir á que rara vez se les eche el guante á los criminales), si son descubiertos, digo, y presos, y no se evaden de la cárcel, y llega el día de juzgarles, el abogado defensor, tomando por las hojas una vez más ese rábano de la antropología (que ya debe de estar deshojado, según lo manejan, soban y aporrean nuestros impresionistas), defiende á los dulces tostadores diciendo varias ó todas estas cosas: (a) que son unos enfermos; (b) que tienen la oreja de forma de plato y por ende son irresponsables; (c) que no supieron lo que se hicieron, y en su ignorancia, al aplicar los haces de paja encendidos, creyeron practicar un método curativo preconizado por un sabio doctor alemán; (d) que son hijos de padres que tenían la costumbre de embriagarse, y por lo tanto sería inhumano exigir que ellos no tuesten á la gente; (e) que están locos, lo cual se demuestra por el hecho de vestirse de máscara mucho antes del tiempo de Carnaval; (f) que obraron compelidos por irresistible fuerza, sin libertad para otra cosa, puesto que necesitaban un dinero que el tostado estaba en la estricta obligación de tener, y que el suplicio puede atribuirse no tanto á crueldad de los calentadores, cuanto á tacañería del calentado, quien procedió del modo más censurable y provocó la indignación de sus visitantes nocturnos, al no ofrecerles sino cochinas 250 pesetas, suma enteramente irrisoria, en vez de las dos ó tres mil que se habían prometido como recompensa á sus fatigas. Y si se cree que exagero, recuérdese el famoso *canesú*, memorable en los anales del criminalismo.

Sigamos apostando á que no sólo hay abogados